

# FIRES, MERCATS I MÓN RURAL

QUARTES JORNADES SOBRE  
SISTEMES AGRARIS, ORGANITZACIÓ SOCIAL I PODER LOCAL  
ALS PAISOS CATALANS

---

*EDICIÓ A CURA D'ENRIC VICEDO*



Diputació de Lleida



INSTITUT  
D'ESTUDIS  
ILERDENCS  
Fundació Pública de la Diputació de Lleida

## El problema del mercado en la Italia de la *mezzadria*, una economía de autoconsumo?

GIULIANA BIAGIOLI

### El área de estudio

La zona de la península italiana sobre la que hemos centrado nuestro trabajo coincide con la Italia central: las Marcas, Emilia, Umbría y Toscana. Hasta el momento de la unificación italiana (1861), estas regiones permanecieron políticamente divididas entre estados territoriales de diferente extensión, los más importantes de los cuales eran los Estados Pontificios (que comprendían gran parte de Emilia, las Marcas y Umbría) y el Gran Ducado de Toscana. Sin embargo, y a pesar de la disparidad de sus trayectorias políticas, las regiones aquí consideradas poseen elementos comunes en cuanto se refiere a su evolución económica, social e, incluso en la actualidad, política.

Se trata de una franja territorial que divide Italia en dos mitades y que está formada por abundantes colinas y montañas y por pocas llanuras, la mayor parte de las cuales, además, hasta el siglo XX fueron de difícil aprovechamiento agrícola a causa de problemas de encharcamiento y malaria. En dicha zona, la estructura de la propiedad de la tierra era muy dispar; de todos modos, en el transcurso de las épocas moderna y contemporánea en gran parte de su territorio —excepto en las Marcas— se fue consolidando una propiedad que, teniendo en cuenta la realidad de la zona, se puede considerar como grande o media-grande. Esto quiere decir que, por lo general, los propietarios poseían más de una y hasta un centenar de unidades de producción (*podere*) que hacían trabajar a campesinos a través de un contrato de *mezzadria*. De este tipo de contrato —ya sea por el tipo de contrayentes, como por su duración y cláusulas— existió una notable variedad, tanto en el tiempo como en el espacio. Por ejemplo, en la Edad Media tenía a menudo una duración de tres años o más. Con posterioridad, el contrato adquirió una duración anual, aunque, si las dos partes estaban de acuerdo, se renovaba de forma tácita año tras año. Al mismo tiempo, el reparto de la producción podía ir desde una mitad para cada parte (como sucedía con la

*mezzadria* clásica, en vigor sobretodo en Toscana) hasta otros tipos de coparticipación que variaban en función del tipo de cultivos herbáceos y arbóreos existentes. En cuanto a los contrayentes cabe decir que, a lo largo de los siglos modernos y contemporáneos, los *conduttori* de *podere* se convirtieron, en su mayoría, en campesinos sin tierra. El propietario cedía su explotación (*podere*) para que fuese cultivada. La característica que diferenciaba la *mezzadria* del contrato *ad meliorandum*, de tipo enfiteútico, es que en el primero, las tierras del *podere* ya estaban —al menos parcialmente— reducidas a cultura y en grado (teóricamente) de garantizar la supervivencia anual de la familia campesina; a su vez el contrato obligaba a ésta a destinar el trabajo de todos sus componentes exclusivamente al cultivo del *podere*. Así mismo, el propietario también proporcionaba la casa donde viviría la familia, la mitad o incluso todo el ganado de trabajo y la mitad de la simiente.<sup>1</sup>

## El debate historiográfico

Desde mediados del siglo XVIII —cuando los fisiócratas franceses expresaron su preferencia por la *grande culture* capitalista, condenando a la *petite culture* campesina— la suerte de la *mezzadria* —al menos desde el punto de vista del pensamiento económico y más tarde historiográfico— estuvo marcada por una opinión negativa. A ello contribuyeron los economistas clásicos, quienes hicieron suyo el juicio de los fisiócratas, así como Marx y los economistas neoclásicos. Todas estas escuelas tienen como común denominador el hecho de que se ocuparon de la *mezzadria* a partir de un esquema preñado del progreso agrario, el cual, necesariamente, debía culminar en una forma determinada (la gran explotación capitalista de los fisiócratas) y no en otras; y esto aunque por la misma época Adam Smith situara las innovaciones agrícolas en el contexto de la propiedad campesina media y no tanto en el de la gran propiedad.<sup>2</sup> Tanto los economistas clásicos que acabamos de nombrar como aquellos que los sucedieron a lo largo del siglo XIX se ocuparon muy poco del resto de fórmulas de explo-

1. Para una visión más amplia de las características de la *mezzadria* en la Italia central, ver G. BIAGIOLI: «El sistema poderale a Italia central a l'edat moderna i contemporània (segles XV-XX)», en R. CONGOST, G. JOVER, G. BIAGIOLI (eds.): *L'organització de l'espai agrari: masos, possessions i poderes*, Girona, CCG Edicions/Centre de Recerca d'Història Rural de la UdG/Associació d'Història Rural de les Comarques Gironines, Biblioteca d'Història Rural, Col·lecció Estudis, nº 5, 2003.

2. G. BIAGIOLI: «L'Inizio di una controversia: métayage e *mezzadria* negli scrittori del Settecento», en G. BIAGIOLI (ed.): *Ricerche di Storia moderna*, nº IV en honor de Mario Mirri, Pisa, Pacini, 1995.

tación de la tierra; y aún cuando lo hicieron, pensaron en simples contratos de parceria, bastante diferentes a los de la *mezzadria* italiana. Por varias razones, una parte considerable de la historiografía italiana sobre el tema —sobre todo la de inspiración marxista— ha adoptado el punto de vista de los economistas clásicos y neoclásicos retomando su visión de la *mezzadria* como de un contrato que condenó al atraso económico a aquellas zonas rurales que lo mantuvieron en época moderna y contemporánea.<sup>3</sup>

Desde entonces, una larga tradición historiográfica tiende a identificar las zonas de *mezzadria* con el reino del autoconsumo y la autosuficiencia, conceptos, por otro lado, económica y lógicamente diferentes. De hecho, hasta el siglo XX no existió ninguna explotación agraria, de tipo familiar o capitalista, que pudiera prescindir de cualquier forma de autoconsumo. Y al mismo tiempo, ninguna explotación podía renunciar al mercado o, mejor dicho, a los diferentes mercados que se formaron ya en los siglos modernos: en primer lugar, el de los productos agrícolas pero también el del trabajo o el del crédito. En cualquier caso, no hay duda de que la opción entre autoconsumo o producción para el mercado acabó influyendo en las formas de organización que tomaron los diferentes modelos productivos.

Si se considera la explotación-tipo de la Italia central —el *podere mezzadrile* en el que, excepto en caso de pactos especiales, las cosechas se dividían a mitades iguales entre el propietario y el colono— una primera consideración importante a hacer para comprender los modelos de comportamiento económico es que la opción entre autoconsumo y mercado implica, al mismo tiempo, a dos protagonistas: al propietario y al *mezzadro*. Por este motivo, ninguno de los dos modelos dinámicos analizados por gran parte de los historiadores de las sociedades rurales europeas —el primero derivado de Chayanov y el segundo de Labrousse— parecen automáticamente aplicables al caso aquí tratado; ambos se limitan a considerar la relación que tendría con el mercado un campesino independiente que, a la hora de diseñar sus opciones productivas, sería libre de tener en cuenta o no los condicionantes provenientes del mercado.

Cuando los *podere mezzadrili* estaban en régimen de pequeña propiedad, es decir, cuando un propietario poseía un sólo *podere* (caso frecuente en las Marcas) no hay

---

3. G. BIAGIOLI, «Les contrats dans l'historiographie italienne de la période contemporaine», en *Exploiter la terre. Les contrats agraires de l'Antiquité à nos jours*, Rennes, Association d'Histoire des Sociétés Rurales, 2003, págs. 63-84.

duda de que la mayor parte de la producción total de los mismos se dirigía al autoconsumo, tanto el de la familia del *mezzadro* como el de la del propietario. En cambio, cuando —como sucedió en Toscana, Emilia y gran parte de Umbría— en el curso de la época moderna apareció y en el siglo XIX se consolidó la gran propiedad — que podía comprender decenas de *poderi*— los excedentes comercializables de los propietarios crecieron mucho y el mercado tomó un protagonismo central en el proceso productivo global. En este caso, el comportamiento de las explotaciones *mezzadrili* parece coincidir con el modelo descrito por Labrousse, que plantea una respuesta positiva a las demandas del mercado y una concordancia entre las evoluciones seguidas por los precios y por la producción.<sup>4</sup>

En función de cómo afrontemos el caso toscano, veremos una realidad más próxima al autoconsumo o a la producción para el mercado. Dependiendo de diferentes variables, propietarios y campesinos podían perseguir políticas productivas coincidentes, pero también profundamente divergentes. Por parte de los propietarios, las variables más importantes eran —aunque no únicamente— la amplitud y el tipo de cultivo predominante de sus fincas; por parte campesina, la importancia de su parte de la cosecha respecto a las exigencias del consumo familiar. Sin embargo, en las decisiones de unos y otros también influyeron otras variables, como la proximidad a los mercados, la calidad y el precio de los productos o la posibilidad de adaptación más o menos rápida a la demanda del mercado por parte del sistema productivo. Respecto al autoconsumo y el mercado también ocurría que mientras el propietario de un solo *podere* podía estar en la misma posición que su *mezzadro*, el propietario de varios *podere* —hacia los almacenes del cual aflúan grandes cantidades de productos— estaba mucho más atento al mercado que los campesinos de sus tierras. Así de insatisfactorio resulta, pues, cualquier modelo estático que oponga el autoconsumo de la pequeña explotación familiar a la especulación de las grandes explotaciones, todas ellas orientadas a la producción para el mercado. Pero como veremos más adelante,

---

4. Sobre los dos modelos y sus características, ver M. AYMARD: «Autoconsommation et marchés: Chayanov, Labrousse ou Le Roy Ladurie?», en *Annales. Économies, Sociétés Civilisations*, año 38, n.º 6, 1983, págs. 1392-1410: 1393 sgs. Entre las contribuciones más importantes de los últimos años sobre el tema del autoconsumo y la comercialización, incluso desde el punto de vista teórico, cabe destacar: G. FEDERICO: «Azienda agricola ed autoconsumo: considerazioni teoriche tra antropologia ed econometria», en *Rivista di storia economica*, n.º 2, 1984, págs. 222-268, y, con una rica bibliografía, *Id.*, «Autoconsumo e mercantizzazione: spunti per una discussione», en *Società e storia*, año VII, n.º 27, 1985, págs. 197-212.

aún es más importante el hecho de que ni en Italia ni en otras partes no existió ningún proceso de desarrollo de la economía de base agrícola que siguiera una trayectoria lineal desde una producción para el autoconsumo hasta una producción dirigida al mercado: es por esto que cuando nos refiramos a aquellos productos que sí vivieron procesos de este tipo deberemos especificar muy bien cuales son.

El *case-study* de la agricultura de base *mezzadria*—en la cual el progreso técnico, con un aumento de la producción total por hectárea, y otras mejoras relativas a la calidad de los productos y su distribución sacaron a muchas familias de colonos de la esclavitud del endeudamiento provocado por la insuficiente producción de cereales para el consumo familiar— se explica por nuestra voluntad de comprender el funcionamiento real de los sistemas agrarios, mucho más complejos que no los esquemas teóricos. El aumento de la parte de cosecha a disposición de la familia campesina redujo su dependencia respecto al mercado, ya sea el interno de la *fattoria* o bien el externo. En este caso, el resultado del proceso fue un aumento del autoconsumo —y no su disminución— hasta llegar a la autosuficiencia cerealista; un privilegio, que los campesinos de Toscana, como los de Francia y otras partes de Europa, habían soñado durante siglos.<sup>5</sup>

En la Toscana del siglo XVIII propietarios y *mezzadri* ya se encontraban en campos diferentes. En la región dominaba la media y la gran propiedad integrada por más de un *podere* y que, gracias a su eficiencia productiva, se colocaba netamente por encima del nivel de autoconsumo. La gran propiedad se organizaba en *poderi*, llegando a poseer decenas y decenas, cuando no centenares. Incluso admitiendo que las simples familias *mezzadriili* estuvieran interesadas en orientar la producción hacia el máximo autoconsumo posible, cabe pensar que su intento habría chocado inmediatamente con los intereses de una gran propiedad que debía orientar hacia el mercado su parte de cosecha, operación de la que se ocupaba atentamente. Tal y como se puede

---

5. «L'auto-suffisance: un idéal? (...) Pour des paysans, sans doute. Pour les historiens des campagnes, sûrement (...). Même fixé avec optimisme à des niveaux très bas, cet idéal n'est pourtant presque jamais confirmé dans les faits (...). L'auto-suffisance est le privilège d'une minorité, souvent même d'une simple poignée de ruraux à l'aise, et qu'elle reste, même en année normale, un rêve inaccessible pour la majorité des paysans». Étas son las conclusiones de la relectura que hace Aymard de una basta literatura historiográfica regional francesa entre 1500 y 1800, y que hace extensible a muchos otros países de Europa occidental, entre los cuales Italia (M. AYMARD: *Autoconsommation et marchés*, cit., págs.1394).

observar a través de los libros de contabilidad de los propietarios, si sólo se considera la familia campesina, su parte de cosecha y lo que consumía, nos encontramos frente a realidades muy diferentes. De hecho, al menos desde el siglo XVIII una parte del producto que correspondía a los colonos salía de sus graneros (o quizá ya no entraba) para ser conducida a otros lugares.

Éstos podían ser el almacén del propietario o bien un mercado local. Sin embargo, el *mezzadro* no tenía un acceso fácil a la moneda: el propietario hacía funciones de banca y era él quien, normalmente, junto a su representante, medaba en la relación de sus campesinos con el mercado. También podía ocurrir que la familia campesina produjese bienes que no consumía —excepto a muy pequeña escala— porque eran demasiado valiosos para consentírselo, conformándose con consumos alternativos de menor valor mercantil. Éste último sería el caso menos conocido y sobre el que intentaremos profundizar aquí.

Mis investigaciones entorno a varias *fattorie*, entre las cuales estarían las de los Ricassoli,<sup>6</sup> demuestran que antes del siglo XIX ya existía un activo circuito comercial que conectaba el campo toscano, Florencia y el resto de ciudades de la zona, el puerto de Livorno y los centros urbanos menores.<sup>7</sup> Además —al menos para el largo periodo que iría desde finales del siglo XVIII hasta la desaparición del sistema *mezzadrile*— han permitido reconsiderar fuertemente la tesis del aislamiento de las zonas *mezzadrili* respecto del mercado y la del repliegue de la economía agrícola en el autoconsumo campesino. Entre los lugares de producción agrícola y los mercados se creó y consolidó un mecanismo de intercambio de productos que no sólo incluía los productos del sector primario que salían del campo sino también los del sector secundario que entraban en él. En realidad, cada uno de los *podere* integrados en una *fattoria*, así como ésta misma, estaban integrados en una red comercial con muchas ramificaciones y relacionada

6. G. BIAGIOLI: *Il modello del propletarlo imprenditore nella Toscana dell'Ottocento: Bettino Ricassoli. Il patrimonio, le fattorie*, Florencia, Olschki, 2000.

7. F. MINECCIA: *Note sulle fattorie Granducali nel Pisano occidentale nell'età moderna*, en G. COPPOLA (ed.): «Agricoltura e aziende agricole nell'Italia centro-settentrionale», Milán, Franco Angeli, 1983, pág. 308; M. BASSETTI: «Struttura e sviluppo dell'agricoltura pisana nell'età moderna: la fattoria granducale delle cascine di Bientina nel XVIII secolo», en *Agricoltura e aziende agricole* cit., págs. 343-402: 375; I. BIAGIANI: «Una fattoria in Valdichiana nel XVIII secolo: Montecchio Vesponi», en *Rassegna storica toscana*, a. XXVII, n.º 2, 1981, págs. 143-179: 177-179. Con el caso de Montecchio, Biagianti ilustra el complejo sistema comercial de la *fattoria* del Ordine di S. Stefano en Valdichiana, que comprendía una red de mercados locales, el del Valdarno con centro en Arezzo —la plaza «centrale alle popolazione del Casentino, Valdarno, Val di Tevere, e Val di Chiana» (lvi, pág. 178)— y Florencia.

con diferentes mercados.<sup>8</sup> Pero esta red no incluía sólo los intercambios relativos al sector agrícola. Basta pensar en la importancia que podían llegar a tener para la renta campesina actividades complementarias de la principal y admitidas en el contrato de *mezzadria*. Algunas de estas tareas estaban reservadas total o parcialmente a las mujeres, como, por ejemplo, el trabajo de nodriza o el servicio doméstico. Existían, además, actividades protoindustriales aceptadas —o al menos toleradas sin que su ejercicio fuese causa de despido de la familia— en el ámbito del contrato. Una industria aceptada e incluso estimulada por los propietarios fue la cría del gusano de seda y la hilatura de los capullos de seda. Así mismo, la confección de trenzas para los sombreros de paja —tarea típicamente femenina— fue una fuente de ingreso importante para los *mezzadri* y para los trabajadores jornaleros hasta el momento en que desapareció su demanda en el mercado europeo. El lavado de ropa, otra actividad femenina, también proporcionó ingresos importantes para las familias de *mezzadri* que vivían cerca de la ciudad.

Para reconstruir el flujo de los intercambios vale la pena partir del *podere* que, al mismo tiempo, era la unidad de base de la producción y una unidad de consumo.

El *podere* no era sólo un centro de producción sino también de comercialización. De él salían —y también entraban— géneros alimentarios y otros productos de diferente calidad. Durante todo el siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX continuó en uso una de las prácticas comerciales más antiguas: el trueque en especie. Era así como los campesinos pagaban los servicios prestados por artesanos y profesionales: al médico, al herrero que herraba los bueyes y al veterinario que los curaba.<sup>9</sup> A través de entrevistas efectuadas en los últimos años a varios ancianos miembros de familias *mezzadrili*, sabemos que hasta los años 50 y 60 del siglo XX habría existido una práctica de intercambio con los vendedores ambulantes, quienes llegaban con sus mercancías a cuestras, sobre un pequeño carro o con una bicicleta que arrastraba un reducido remolque: harina, pollos y huevos a cambio de tejidos y mercaderías.

8. Para el conjunto de los intercambios poderali en Italia central, ver G. BIAGIOLI: «Il *podere* e la piazza. Gli spazi del mercato agricolo nell'Italia centro-settentrionale», en P. BEVILACQUA (ed.): *Storia dell'agricoltura italiana in età contemporanea*, vol. III, Mercati e Istituzioni, Venezia, Marsilio, 1991, págs. 3-63.

9. Según Michelangelo Bonarroti, en su *Lettura ai Georgofili* de 23 agosto 1829, los campesinos «*il poco grano lo davano o al fabbro o al medico*» (cit. en I. IMBERCIADORI: «I singolari problemi della società chiantigiana nel primo Ottocento», en *Rivista di storia dell'agricoltura*, año XV, nº 2, 1975, págs. 79-92: 81).



Paralelamente también existía un circuito comercial sobre base monetaria. Veamos que tipo de productos salían y entraban del *podere*.

Un primer circuito estaría relacionado con la participación en el mercado dentro del ámbito del contrato de *mezzadria*. En la medida que su objeto era el ganado, éste era el circuito más importante. Aquí el mercado es entendido en sentido amplio. Comprendería el mercado propiamente dicho, como sitio físico, así como las ferias o la misma contratación en el propio *podere*. En toda la Italia de la *mezzadria*, el ganado representaba la parte más valiosa del capital mobiliario de las explotaciones y generalmente pertenecía al propietario del *podere*. Incluso allí donde el contrato preveía que los animales de trabajo fueran aportados por el *mezzadro* (por ejemplo, en el Bolognese), al menos a partir del siglo XVIII éste raramente los poseía. Además, y sobre todo en el siglo XIX, se creó una división cada vez más clara dentro del ganado bovino entre cabezas presentes en el *podere* para el trabajo de los campos y cabezas criadas para el engorde y la comercialización de la carne. Los beneficios y las pérdidas que derivaban de este capital animal se repartían a mitades.

El *mezzadro* era el responsable y el custodio de todo el ganado. Así mismo, el cabeza de familia o algún delegado suyo eran los que contrataban la compra o la venta en los mercados y ferias, siempre y cuando el *padrone* aprobara tales operaciones. La asignación al *mezzadro* de tareas tan cruciales como la compra de ganado —en particular el de trabajo pero también el de engorde, los cerdos y los ovinos— o bien su venta, —con dinero del *padrone*— demuestra el grado de pericia y especialización que este tipo de campesino debía poseer; una situación bien diferente a la de cualquier otro tipo de colono parcero sin tierra ni capital, tan frecuentes en la Europa contemporánea.

También existía la posibilidad de que la economía familiar tuviera una participación directa en el mercado, con productos que salían y otros que entraban. En efecto, los *mezzadri* tenían sus espacios de acceso directo al mercado, ya sea en entrada, es decir, productos que compraban por su cuenta en los mercados o ferias, o bien en salida, para los productos del *podere* que vendían sin previo paso por la *fattoria*. En salida, encontramos casi siempre, en mayor o menor cantidad o valor la venta de los productos de la parte *mezzadrile* de la cosecha y de los animales de corral, llevada a cabo por parte de la familia en los mercados de las villas y ciudades.

La venta de los productos del gallinero resultaba muy importante para la economía de la familia campesina. En la rígida jerarquía en que se estructuraba aquella, el cabeza de familia era el gestor de las rentas totales obtenidas en el *podere*, las cuales se convertían en moneda con cierta dificultad. En las contabilidades de los propietarios no sólo se registraban las situaciones desesperadas de los *mezzadri* endeudados, sino también la de aquellos que eran capaces de proporcionar crédito. La *fattoria* actuaba como banco de depósito. De todos modos, a los campesinos acreedores —quienes sólo en caso de serias motivaciones se arriesgaban a exigir una liquidación parcial o total de cuanto se les debía— no se les pagaba interés alguno. Los deudores no pagaban intereses monetarios. La costumbre era pagar las deudas con prestaciones de trabajo o, como se ha dicho con anterioridad, con la concesión de una parte de la cosecha del *podere*, teniendo en cuenta, además, que el *padrone* se adueñaba de la parte más comercializable.

En el mercado, los *capocchia* o *reggitori* de las familias *mezzadrili* podían actuar como vendedores —allí donde era posible— de la parte de la cosecha que les pertenecía, sobretudo en el caso del vino y el aceite. Entre los siglos XVIII y XIX, en caso de existir una deuda con el propietario, el margen para la eventual venta de productos excedentarios o sustraídos al autoconsumo familiar se reducía. Una parte de los mejores productos era entregada al *padrone* para la reducción de aquella.

Esto no significa, sin embargo, que ninguna bota de vino de primera o segunda calidad y un poco de buen aceite —sustituido en la alimentación familiar por la grasa animal— no salieran de la casa del *mezzadro* para abastecer el circuito comercial de la villa más cercana. Pero aunque estos casos existiesen, ni la publicística coetánea ni las fuentes de que disponemos hasta el momento nos permiten su constatación; a menos, claro está, de que en el futuro se produzcan nuevos hallazgos documentales. De todos modos, los cabezas de familia muy difícilmente dejaban escapar la moneda que había entrado en sus bolsillos y que se hallaba a su absoluta disposición. La principal entrada monetaria que se compartía con los miembros subalternos, desde la esposa del cabeza de familia hasta los hijos, la constituía los beneficios obtenidos del corral, o mejor, de lo que quedaba del corral después de haber efectuado los «*patti dei polli*»<sup>10</sup>

---

10. Los «*patti dei polli*» eran una cláusula muy antigua que se incluía en los contratos de *mezzadria* así como en tantos otros tipos de contratos de *parceria* de toda Europa. Preveían la entrega al propietario de una cantidad variable de pollos y huevos que venía establecida en el contrato.

con el propietario; y esto hasta el momento en que dichas prestaciones se pagaron en moneda y no en especie. La venta de los productos de la *basse cour* (volatería, huevos, conejos) era el único ingreso del que la ama de casa y los «*figli di famiglia*» disponían para el ajuar de las hijas, la compra de ropa de vestir y la ropa blanca para la casa.

Con los productos del corral se solía recabar el dinero para comprar alimentos que no se producían en el *podere*: la sal, el azúcar o el pescado salado, gran recurso para las pobres mesas campesinas.<sup>11</sup> Con esto se entiende porqué matar un pollo del corral era algo que se reservaba únicamente para las ocasiones especiales: los grandes momentos del ciclo agrícola, la celebración de los mayores eventos sociales o la asistencia a las parteras. Incluso la visita del propietario obligaba a un sacrificio suplementario.

Otras pequeñas, pero preciosas entradas de moneda para los *podere* próximos a la ciudad las constituían la venta de fruta y de los primeros productos provenientes de los huertos poderali, géneros que eran sustraídos sin piedad al propio consumo familiar; sólo ahí donde no existía un mercado accesible eran consumidos por los propios campesinos.<sup>12</sup> Esta costumbre de sustraer al consumo familiar todo aquello que se podía vender a buen precio en las ciudades y villas se mantuvo en Toscana hasta la desaparición de la *mezzadria*.<sup>13</sup>

El flujo de entrada al *podere* de productos provenientes del mercado se amplió, tanto en cantidad como en calidad, en el curso de la época moderna y, sobretodo, en los

11. Los habitantes de las ciudades toscanas se burlaban irónicamente de esta costumbre de los campesinos *mezzadri*. Un dicho decía así: «Le donne dei contadini/vendono polli per comprare i salacchini» (Las mujeres de los campesinos/venden pollos para comprar arenques secos), movándose de la desigual calidad del cambio. En las familias más pobres, el arenque seco se colgaba de una cuerda y se frotaba sobre el pan para que éste tomara un poco de sabor.

12. Esto pasaba, por ejemplo, en el Chianti hasta las primeras décadas del siglo XIX donde —siempre según Michelangelo Bonarroti— era producida una cantidad notable de fruta de invierno y verano, aunque sin la esperanza de mejorar su calidad. Las frutas de verano no se vendían y para las de invierno no había mercado posible antes de acabar el invierno. Su único valor era el de alimentar a los campesinos y a los cerdos los años en que había pocas bellotas. (I. IMBERCIATORI: «Il singolarí problem...», cit. en *Rivista di storia dell'agricoltura*, año XV, n° 2, 1975, págs. 81-82).

13. Por ejemplo, entre los ex *mezzadri* del Pisano —una zona de llanura fértil con estrechos lazos comerciales con la ciudad— hasta la época del abandono de los *podere* que siguió a la industrialización de la zona, el consumo campesino y la ética del ahorro de todo aquello producido por la familia para destinarlo al mercado se mantuvo a través de comportamientos típicos de la mentalidad precedente. Una ex *mezzadria* que había vivido toda la vida en un mundo en el que los huevos producidos se vendían, pedía cuenta a sus nueras del consumo familiar de huevos aunque ya no se trataba de un producto familiar sino comprado en un mercado. Esta nota se basa en el testimonio de Alessandra Martinielli, a quién desde aquí le damos las gracias.

siglos XIX y XX. Los productos de la revolución industrial, como los tejidos de algodón, suplantaron —al menos en parte— las telas de cáñamo tejidas en el ámbito doméstico. Un aumento de la renta *mezzadria* —sobre todo en las zonas de la *mezzadria* más rica, en la llanura o cerca de las ciudades— hizo adquirir la costumbre de hacerse confeccionar el vestido para los días de fiesta por un sastre, de comprar zapatos al zapatero o de incluir en los ajueres de las novias pendientes y collares de coral; precisamente, todo aquello que la publicística coetánea inspirada por los propietarios condenaba como imitación de las costumbres urbanas y afición al lujo.<sup>14</sup>

Un tercer circuito, el más complejo, era aquel que implicaba a la *fattoria*. Esta estructura —un lugar físico, con la casa de administración y, al mismo tiempo, un centro que a su original carácter administrativo había unido, con los siglos, un papel director— no incluía, ciertamente, a todos los *podere* existentes en Toscana; sin embargo, sí lo estaban todos aquellos a los que aquí hacemos referencia.<sup>15</sup>

Una *fattoria* no incluía siempre el mismo número de *poderi*. Hasta el momento no disponemos de estudios que nos permitan fijar cuál y de qué tipo fue la superficie agrícola total que en la Toscana de los siglos XVIII y XIX estuvo organizada en *fattorie* ni cuántos *poderi* estaban integrados en cada una de aquellas. A pesar de los costos de la estructura de servicio y administración, era conveniente organizar en *fattorie* posesiones constituidas por al menos 5 o 6 *poderi* y que podían llegar incluso hasta los 50. Los *poderi* integrados en tales estructuras pertenecían, por lo tanto, a un tipo de propiedad latifundista que se diferenciaba claramente de la pequeña propiedad —cultivable o no— y que englobaría la media y gran propiedad, ésta última organizada a su vez en un conjunto variable de *fattorie*.<sup>16</sup>

14. Para saber más sobre este punto, ver G. BIAGIOLI: «Il *podere* e la piazza. Gli spazi del mercato agricolo nell'Italia centro-settentrionale», en P. BEVILACQUA (ed.): *Storia dell'agricoltura italiana in età contemporanea*, vol. III, Mercati e Istituzioni, Venecia, Marsilio, 1991, págs. 59-61.

15. E. LUTAZI GREGORI: «Fattori e *fattorie* nella publicistica toscana fra Settecento e Ottocento» en *Contadini e proprietari nella Toscana moderna*, cit., vol. 2, Florencia, Olschki, 1981, págs. 5-83.

16. Por ejemplo, los bienes de los príncipes Corsini —los mayores propietarios de Toscana a inicios del siglo XIX, después del Granduca hasta el punto de que en implantarse el catastro poseían más de 25.000 hectáreas (ASF, *Catasto della Toscana*, Índice dei possidenti della Toscana)— se situaban en su mayoría en una de las nuevas *fattorie* y en las posesiones de la Maremma (A. MORONI: «Antica gente e subiti guadagni. Patrimoni aristocratici fiorentini nell'800», Florencia, Olschki, 1997, pág. 39). Cabe decir que en el caso de los Corsini es más oportuno hablar de posesión más que de propiedad, ya que los extensos bienes de la Maremma eran *livelli* (de la Opera del Duomo de Grosseto y del Scrittoio delle Possessioni) comprados por el duque Filippo Corsini poco antes de su muerte, acaecida en 1767.

Del estudio de las contabilidades de las *fattorie* se desprende que, más allá de sus características comunes —como la presencia constante de grandes cantidades de productos para vender en el mercado— cada una de estas estructuras tenía sus propias peculiaridades. Las condiciones económicas de los *podere* y de las *fattorie* eran diferentes y no sólo por el tipo de uso y de gestión que se hacía de la propiedad y sus tierras; también era importante la dotación de capital inmobiliario y mobiliario que se llevaba a cabo, los condicionantes concretos de la naturaleza, del terreno, del clima y de la orografía y al mismo tiempo aquellos relacionados con los mercados y las vías de comunicación, esenciales para la comercialización de los productos. En consecuencia, aunque se examine un mismo periodo histórico, no es posible construir un único itinerario para los productos que circulaban entre *podere* y *fattorie*, entre éstas y la casa del *padrone* y los mercados externos o bien directamente entre *podere* y mercados. Sin la pretensión de simplificar la casuística histórica, se puede intentar esbozar lo que se deduce de los estudios dedicados a grandes propiedades situadas en diferentes lugares de la Toscana, sobretudo en cuanto se refiere a la relación que unía a los *mezzadri* con la *fattoria* y con el mercado exterior. En primer lugar, hace falta identificar la existencia de fenómenos que se repiten, y a partir los cuales, más tarde, se pueda iniciar un análisis que vaya desde lo general a lo particular, situando el periodo inicial de esta investigación en las últimas décadas del siglo XVIII.

Una característica común a todos los casos estudiados es el papel fundamental jugado por los cereales. Un dato que, en realidad, no es nuevo: la centralidad de la producción cerealista en el ámbito de la agricultura de Antiguo Régimen es bien conocida. En las zonas *mezzadrili*—que gran parte de la historiografía había presentado como un mundo de autoconsumo— los cereales constituyen el producto principal.

En Toscana, su producción en el mundo *mezzadrile* —sobretudo su sembradura y su cosecha— se descubre en los registros contables de partida doble: en la columna Debe, hay referencias a la mitad de las semillas y de los eventuales abonos que se compraban fuera del *podere*; en la columna Haber aparecen registradas las mitades de la cosecha pertenecientes a cada uno de los dos protagonistas del contrato.

El análisis de los datos hasta la fecha disponibles procedentes de libros de contabilidad —editados o bien inéditos— nos indica un primer dato: la mayor parte de los *mezzadri* de las *fattorie* estudiadas no obtenía suficientes cereales para el consumo anual de su familia, ni en el siglo XVIII ni frecuentemente tampoco en el XIX. Cualquiera que esté

familiarizado con las contabilidades referidas a los colonos no puede pasar por alto lo que Santa Violante ha llamado la *suggestione* de la omnipresente entrada *somministrazione di grasse per il vitto*;<sup>17</sup> el déficit que resultaba de lo que recibían los colonos iba atenuado o compensado con lo que éstos ofrecían a cambio: donaciones de otros productos así como jornadas (*opere*) de trabajo jornalero en la *fattoria*, dedicadas a tareas a las que no estaban obligados por contrato, como por ejemplo, la preparación del terreno para nuevos cultivos.

El endeudamiento crónico del que tanto se ha hablado a nivel historiográfico, y que está confirmado por las fuentes directas, tenía su origen, precisamente, en esta insuficiencia de cereales; no se trata de una escasez de tipo episódico sino más bien estructural, al menos en toda la zona de las colinas toscanas que, por otro lado, constituía gran parte de la superficie agraria.<sup>18</sup> En este sentido, cabe decir que los ejemplos que siguen son sólo una pequeña muestra de los muchos que hay en archivos públicos e privados, en los libros contables de las *fattorie* de la época.

En Artimeo, *fattoria* granducal a las puertas de Florencia, entre 1783 y 1810 el saldo entre lo que entregaron los *mezzadri* y lo que recibieron en «donativos» de alimentos de parte del *fattore* fue constantemente negativo: normalmente, aquellos siempre entregaron una cantidad inferior en valor a la que habían recibido. Los «donativos» recib-

---

17. «Esto nos sugiere inmediatamente tristes escenas de familias reunidas entorno a una mesa con los platos vacíos y el cabeza de familia que, poco antes de la nueva cosecha, con el sombrero en las manos pedía un saco de harina o un poco de legumbres al *fattore*» (S. VIOLANTE: «Sintesi e interpretazioni di dati statistici inerenti un azienda agraria toscana (ARTIMEO, 1782-1877). Variabili socio-economiche» en G. COPPOLA (ed.): *Agricoltura e aziende agrarie cit.*, pág. 453).

18. Nos referimos a las contabilidades de *fattorie* que, para el período que iría desde finales del siglo XVIII al siglo XIX, han sido estudiadas en parte por la que suscribe en investigaciones aún inéditas, en parte por autores de tesis de licenciatura y en parte también a través de investigaciones ya publicadas. En cuanto a éstas últimas, los datos que nos ofrecen no siempre nos han permitido afrontar el problema aquí planteado. Pongamos un ejemplo de ello para el ámbito cerealista. Los cereales que les faltaban a las familias de *mezzadri* podían provenir directamente de las *fattorie* o bien, si en éstas no había y no se querían buscar cereales para los colonos o incluso preveían otras lógicas de mercado, eran los propios *mezzadri* quienes debían acudir al mercado, previa entrega de dinero contante por parte del *fattore*, el cual actuaba como un banco. A veces, en las cuentas de los *fattori*, en la columna Debe de las familias *mezzadri* podemos encontrar una deuda en dinero contante que se le ha entregado para comprar «grasse» (cifra que no estaba integrada en el registro del debe/haber por el mismo concepto dentro de la *fattoria*). El problema es que en los saldos, que son libros resumen de otros más analíticos, no siempre aparece el motivo por el cual se ha entregado dinero a los *mezzadri*. Aquí solo hemos tomado aquellos casos en que de una forma explícita se hacían constar como deudas para comprar «grasse» para la familia. Es por esto que la falta de cereales puede haber sido subestimada.

dos representan el dato más importante del pasivo en la cuenta de los colonos.<sup>19</sup> Otra gran *fattoria* para la cual disponemos de datos publicados a partir de la misma época es la de Cusona, en la alta Valdelsa, entre Poggibonsi y San Gimignano. Propiedad de los condes Guicciardini, a finales del siglo XVIII la formaban 22 *poderi* y 638 hectáreas. Entre 1782 y 1810, el conjunto de sus *mezzadri* recibieron géneros por valor de 223.300 liras mientras que sólo entregaron por valor de 39.970 liras, el 18% del valor que debían.<sup>20</sup> A comienzos del siglo XX, la *fattoria* había aumentado en tamaño hasta superar las 1.000 hectáreas y en ella se practicaba una agricultura muy avanzada, con rotaciones racionales y abonos artificiales. Aún así, de los 40 *poderi* que la integraban, en 1900 sólo cuatro produjeron trigo suficiente para las necesidades de la familia que los habitaba; del resto, entre febrero y abril, 24 necesitaron alimentos.<sup>21</sup>

En Meleto, *fattoria* propiedad de los marqueses Ridolfi, entre 1770 y 1810 —antes, por lo tanto, de la gestión de Cosimo Ridolfi, agrónomo famoso en toda Europa— las familias de colonos recibieron en su conjunto productos por valor de 311.400 liras mientras que los que entregaron a cambio sólo ascendían a 129.690 liras.<sup>22</sup> Estas familias sólo consiguieron restituir al propietario el 42% de cuanto recibieron de él, nunca con el mismo tipo de productos, sólo en términos de valor. El intercambio se producía, pues, entre productos de diferente calidad. Los *mezzadri* entregaban los productos más apreciados a cambio de rebajar su deuda: los mejores trigos y vinos así como el aceite resultante del primer estrujón. A cambio, recibían productos menores o subproductos de las cosechas de los *poderi*: cereales de baja calidad o mezclados y vino inferior.

En las tres *fattorie* Ricasoli del Chianti —Brollo, Cacchiano e Torricella— entre 1786-87 y 1809-10 fueron entregados a los colonos alimentos por un total de 487.446 liras mientras que la parte *mezzadrile* entregó géneros —sobre todo como veremos a continuación, vino de primera calidad— por valor de 237.816 liras, cifra que representaba un 49% del valor de lo entregado a los *mezzadri*. La deuda por alimentos recibidos, supuso para estos el 59% de su deuda total, integrada por alimentos y por dinero en contante.<sup>23</sup>

19. S. VIOLANTE: «Sintesi e Interpretazioni! ...», cit., en G. COPPOLA (ed.): *Agricoltura e aziende agrarie...* cit., pág. 438.

20. S. GASPARO: «La condizione dei *mezzadri* in Toscana: le famiglie coloniche della *fattoria* di Cusona tra la fine del '700 e i primi del '900», en *Buletino senese di storia patria*, LXXXII-LXXXIII, 1975-76, págs. 275-320: 315.

21. *Ivi.*, pág. 290.

22. ARCHIVIO RIDOLFI MELETO, *Saldi della fattoria di Meleto, 1770-1810*.

23. ASF, *Ricasoli parte antica*, Saldi e Conti correnti delle *fattorie* di Brollo, Cacchiano e Torricella.

Las causas de este fenómeno son múltiples y a la vez difíciles de aclarar. Al menos en teoría, dan fe de un mal funcionamiento del sistema *mezzadria*, tanto por lo que se refiere a los colonos —quienes no tenían la tranquilidad de la subsistencia familiar— como por lo que concierne a los propietarios que, como a menudo no podían exigir el pago del débito a sus *mezzadri*, perdían parte de la renta nominal de los *poderi*. Pero no debemos dejar que este hecho oculte otras realidades: en este sentido, cabe decir que el balance de los beneficios y las pérdidas del contrato se medía también a través de elementos que en los libros de *fattoria* no se recogen. Los propietarios usaban el endeudamiento de sus campesinos como un rescate, como un arma para obtener de la familia *mezzadria* el mayor suministro posible de fuerza de trabajo. Por su parte, los *mezzadri* —que según el contrato deberían aportar más capital mobiliario del que en realidad poseían, y del cual, a veces, estaban totalmente privados— tenían en sus manos cierta «ventaja»: la posibilidad de vivir en un *podere*, lugar en el cual llevar a cabo su lucha por la supervivencia. En realidad, una familia que stava a *podere* tenía garantizado a través del *padrone* al menos el sustento diario y esto incluso en el caso de los peores —y no escasos— infortunios que el destino reservaba a los más débiles como por ejemplo las carestías; así, pues, se puede entender que muchos *mezzadri* llegasen a aceptar su colocación en *poderi* que no se adecuaban a las dimensiones de su familia.

Las vías que podían seguir los *mezzadri* para anular o reducir el déficit de cereales y el endeudamiento con el propietario eran esencialmente dos: por un lado, la prestación de opere en los trabajos emprendidos por el propietario y que podían ir desde la desecación de terrenos hasta la plantación de cultivos arbóreos; por el otro, la entrega al propietario de los mejores trigos, vinos y aceites de su mitad de cosecha. A la vez, los *mezzadri* recibían de parte del propietario cereales de calidad inferior, consistentes en trigo de poca calidad, centeno, cebada, el famoso tranquillón o morcajo difundido en los campos de toda Europa, o incluso el maíz. Productos, éstos, que no siempre eran cultivados en los *poderi* de la misma *fattoria*, sino que podían ser comprados en mercados externos. La diferencia de precio de los diferentes productos intercambiados entre los *mezzadri* y la *fattoria* contribuía a reducir el endeudamiento de los primeros. Pero al fin y al cabo, para ellos, la autosuficiencia en este sector era más una aspiración que no una realidad.

La costumbre de los llamados «préstamos» a los campesinos es bien conocida, pero generalmente se explica en la medida que permitía un uso mayor de la fuerza con-



fructual por parte del propietario. Pero como se deduce del análisis de los libros contables, en realidad, el mecanismo del dar y recibir entre aquél y sus colonos era mucho más complejo de lo que parece.

En el análisis de los contratos de *mezzadria*, uno de los problemas que han sido menos estudiados es, por ejemplo, el que se refiere a la cantidad de producto a repartir entre las partes. Sobre este punto, el contrato en sí era, generalmente, igualitario en la medida que el propietario y el campesino se repartían la cosecha según porcentajes estables; en la *mezzadria* clásica cada parte recibía la mitad exacta de los productos del *podere*. En cambio, en algunas realidades regionales situadas fuera del área de «*mezzadria* clásica» —adoptada en gran parte de Toscana— aparecían otras cláusulas particulares que incluían una repartimiento diferente de la producción. Sea como sea, en ningún contrato se llegaba a establecer que al propietario le perteneciese el primer trigo, el mejor vino o el aceite más puro. Aun así las diferencias entre unos productos y otros en términos de calidad y, en consecuencia, de precio, existían, eran importantes y generaban una compleja red de intercambios entre los diferentes *podere*, la *fattoria* y los mercados externos.

Como es fácilmente comprensible, cuanto más bajas eran las rentas de las familias *mezzadrili* mayor era su dependencia respecto a los productos alimentarios que llegaban del exterior del *podere*, y más dispuestas estaban a sacrificar su cuota de producto de mejor calidad, vendiéndolo, cambiándolo o entregándolo al propietario a cambio de productos de calidad inferior y más baratos. En relación a esta cuestión, se debe tener en cuenta que, al menos para los *mezzadri* toscanos, entre los siglos XVIII y XIX la verdadera emergencia fue la de los cereales.

En este contexto, resulta fácil entender porqué, en condiciones de mercado favorables, al propietario le convenía recibir de sus *mezzadri* parte del mejor producto a través de una operación que, al fin y al cabo, no le comportaba ningún gasto monetario sino una sola inscripción en las cuentas anuales. De esta forma conseguía comercializar buena parte de las producciones más apreciadas de la *fattoria*, dirigiéndolas hacia los mercados urbanos donde acudían los consumidores con más poder adquisitivo. A cambio, los *mezzadri* recibían productos inferiores en calidad, pero abundantes en cantidad.

En los casos aquí estudiados, los mecanismos de Intercambio y los géneros implicados en éste, eran diferentes según la *fattoria* y la situación de los mercados locales. Un ejemplo ilustrativo puede ser el de la *fattoria* del Palagio, en Mugello, administrada por Biffi Tolomei entre 1762 y 1808.<sup>24</sup> Pocos años después del inicio de su gestión —en un momento en que los mercados vivían una rápida subida del precio de los cereales— este precursor de los propietarios-capitalistas toscanos del siglo XIX, comenzó, por un lado, a incrementar en los *poderi* el cultivo de las variedades de trigo más apreciadas para dirigirlas a los mercados de Florencia y Prato y, por el otro, a potenciar el cultivo del maíz destinado a la alimentación de los campesinos. De hecho, a partir de los años 70 del siglo XVIII, vemos como en el Palagio el maíz tocante a los propietarios era cedido a los colonos a una cuota del 50-60%. El precio les era ventajoso: casi un 30% menos del precio de mercado. Al mismo precio se cedían también los cereales menores y las mezclas. Esta política, que tenía como objetivo estimular a los campesinos a ceder una parte de los dos tipos de trigo de mayor calidad (el *gentile* y el *grosso*), tuvo éxito. La entrega al propietario de partidas de estos cereales está documentada en toda la segunda mitad del siglo XVIII y contribuyó mucho a la reducción de la deuda colónica de esa *fattoria*.<sup>25</sup>

En cuanto a los bienes de los Ricasoli, como se verá a continuación de forma detallada, en el mismo periodo, los productos intercambiados eran diferentes según si nos referimos a las fincas del Chianti o a las del Valdarno. En estas últimas, el mecanismo de intercambio es el mismo que hemos descrito para el Palagio: cesiones de una parte del trigo de primera calidad a cambio de cereales inferiores, como el morcajo y el maíz. En Chianti, en cambio, el mayor producto comercial era el vino, mientras que la falta de cereales para las familias *mezzadriili* era particularmente intensa. Así, en las tres *fattorie*

---

24. Biffi Tolomei —intelectual y convencido partidario de la política reformadora de Pedro Leopoldo en materia de libertad de comercio de granos— fue el primero de su familia en ocuparse de forma directa de la gestión de los bienes territoriales, preocupándose de los sistemas agrarios en uso y modificándolos de acuerdo con la evolución de los mercados. Su gestión al frente del Palagio se alargó durante un largo periodo, interesante y complejo por la evolución política y económica toscana; aunque fue un atento publicista, nunca estuvo directamente implicado en la acción política.

25. A. Piotto: *Un'azienda agricola nella Toscana moderna: il Palagio di Scarperia 1762-1878*, tesis de licenciatura en historia económica, Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad de Pisa, 1984-85. Para poner un ejemplo de la diferencia de precio entre los productos, basta pensar que en el decenio 1773-1782 el trigo *gentile* tuvo un precio medio de 5,3 liras/stalo y el maíz de 2,84/stalo; los campesinos lo compraron a 2 liras/stalo, de manera que podían llevar hasta su mesa un cereal dos veces y media más abundante que el mejor trigo, pero ciertamente de calidad muy inferior (elaboración propia a partir de datos Piotto).

(Brollo; Cacchiano y Torricella), los campesinos dejaban en las bodegas de los propietarios buena parte de su vino de primera calidad a cambio del vino inferior.<sup>26</sup> Sin embargo, no cedían cereales. La gran distancia respecto de las grandes ciudades, las variedades producidas y las necesidades de las familias *mezzadrilli* probablemente sean los factores que generaron un modelo diferente en esta zona: con el trigo, la alcarceña, el centeno y la *scandella* —una cebada autóctona cultivada en abundancia sobre aquellas altas colinas— en la *fattoria* se hacían mezclas que se destinaban a la alimentación campesina y que se entregaban a las familias una vez «confeccionadas»; además, el propio *fattore* podía comprar otros tipos de cereales en los mercados locales con la misma finalidad. En años particularmente difíciles, en los cuales la cosecha de cereales era escasa, podía ocurrir que el valor de las grasce compradas por el *fattore* —esencialmente destinadas al consumo *mezzadrile*— se aproximara a la mitad del valor de aquellas vendidas, compuestas por una parte importante del trigo, del aceite de oliva y del vino que correspondían al *padrone*.<sup>27</sup>

En cuanto al mecanismo de intercambio de cereales, aún es menos conocido el hecho que el propietario no siempre hacía uso de su parte de la cosecha para abastecer a sus familias *mezzadrilli*. En ciertos momentos y en determinadas situaciones de mercado, cuando las cosechas eran demasiado escasas o era ventajoso para la *fattoria* vender todo el producto de mejor calidad —y al mismo tiempo las reservas internas de maíz o morcajo, no eran suficientes— se cubría el consumo *mezzadrile* comprando cereales al exterior.<sup>28</sup> En el siglo XIX, se difundió la costumbre de comprar cereales extranjeros de los que llegaban al puerto de Livorno. El campesino podía comprarlos directamente por su cuenta, pero por lo común los recibía del *fattore*.

26. El vino producido generalmente era de tres calidades: vino de «prima sorte», vino de segunda y vino «stretto» o «torchiato». En las últimas dos décadas del siglo XVIII, por lo general, en Brollo, que por aquel entonces ya producía el vino más curado y conocido, los *mezzadri* dieron al propietario más de la mitad del vino, sobre todo el mejor; en Torricella casi el 40% y en Cacchiano cerca de un tercio; incluso en estos últimos, las cantidades cedidas estaban formadas por vino de «prima sorte». 27. En los años terribles de 1798/99-1802, en que los rendimientos del trigo en Chianti bajaron del 5:1 del decenio precedente al 3:8, se compraron *grasce* —cereales sobre todo— que en general tenían un valor de cerca de un 47% del que tenían las que se vendieron. Aunque en los años sucesivos se efectuaron grandes compras en la *fattoria* de Brollo, entre 1803 y 1808 éstas alcanzaron un valor de cerca de un 54% del que tenía el conjunto de productos vendidos. En las tres *fattorie* de Chianti, en la década inicial del siglo XIX se vendió cerca del 30% del grano producido, sin contar el que era destinado a la siembra del año siguiente.

28. Cfr. para esta costumbre más allá del caso de las *fattorie* RICASOLI & M.T. SILLANO: «Sintesi e interpretazioni di dati statistici inerenti un'azienda agraria toscana (Artimino, 1782-1877), variabili agro-economiche», en G. COPPOLA (ed.): *Agricoltura e aziende agrarie cit.*, págs. 403-423:409 sgs.

La práctica se interrumpía cuando se producían fuertes caídas en el precio del trigo; en ese caso, para el propietario podía ser más ventajoso dejar su parte de cosecha en el mercado interno de la *fattoria*, en el que además de sus *mezzadri*, también concurrían trabajadores empleados en tareas subsidiarias.<sup>29</sup>

El grado de comercialización de una agricultura no constituye por sí solo un índice de su desarrollo. En Italia, la prueba de esto nos la dan agriculturas como la del Mezzogiorno que, aunque muy orientada hacia el mercado exterior, no consiguió desencadenar mecanismos de crecimiento económico. En el caso que nos ocupa, un progreso del sector agrícola que implicase una mejora del nivel de vida de los *mezzadri*, podría ir muy ligado a una disminución del intercambio de productos entre *fattoria* y *podere*.

Al menos hasta mediados del siglo XIX, los cereales de baja calidad y el maíz continuaron siendo la base de la alimentación campesina. De todos modos, diferentes estudios sobre explotaciones agrarias indican que después de la unificación italiana se produjo una mejora en la calidad de los cereales consumidos por los *mezzadri*; esto hizo que a partir de entonces ya no se vieran obligados a vender o entregar al propietario todos o buena parte de sus mejores cereales. De forma paralela al aumento de los rendimientos y de la producción, en muchas áreas se verificó una disminución o incluso una desaparición de la deuda colónica, desde siempre estrechamente ligada a la insuficiencia crónica de los cereales que correspondían a la familia *mezzadrile*.

Las monografías sobre familias campesinas indican que en el siglo XX los cereales que integraban la parte colónica de la cosecha ya se destinaban principalmente al autoconsumo. Aunque en muchos casos el trigo producido en el *podere* no bastaba para el consumo familiar, los préstamos de grano llevados a cabo por los propietarios ya no fueron nunca más en maíz o morcajo sino en trigo; a partir de entonces éstos préstamos fueron amortizados a través de la cesión al *padrone* de otros géneros, como por ejemplo el vino.<sup>30</sup>

---

29. Esta vía de los propietarios para evitar las dificultades en caso de una caída de los precios, la señalaba el propio Cosimo Ridolfi, quien de eso tenía una experiencia directa: «Il frumento e le biade, comunque abbiano per rivali i campi dell'Asia e dell'Africa, pure dovunque il sistema colonico è stabilito danno un profitto e non generano imbarazzo al proprietario». Su venta es fácil y constituye una moneda con la cual el propietario puede pagar el trabajo sin que antes deba convertirla en moneda contante (...). (C. RIDOLFI: *Considerazioni sull'industria e specialmente sull'agricoltura. Continuazione Atti Accademia del Georgofili*, vol. XII, 1834, págs. 32-59:45).

30. S. GASPARO: *Op. cit.*, pág. 291.

En realidad, el aumento del autoconsumo campesino —lejos de constituir la pervivencia de antiguas costumbres— significaba la consecución de una victoria después de una larga y dura batalla. Pero, como en el pasado, los mejores vinos y aceites, el mejor ganado, los animales de corral y las primicias continuaban yendo a parar en su gran mayoría a los almacenes y bodegas *padronali*.<sup>31</sup> La familia colónica finalmente había conseguido apropiarse de su propio pan, pero no aún de su vino; durante la mayor parte del año, continuaba bebiendo un subproducto, un *vinello* que resultaba de añadir agua al orujo antes de volverlo a prensar.

Todo esto tiene que ver con el papel desarrollado por los *mezzadri*, su parte de la cosecha y las necesidades alimentarias de su familia. Mientras que su supuesto aislamiento respecto al mercado ha quedado desmentido, ahora hace falta saber hacia dónde era destinada la otra mitad de la producción, la parte perteneciente a los propietarios. En Toscana había una importante presencia de grandes propietarios (importante al menos en relación a lo reducido de este Estado) —muchos de los cuales poseían varias decenas de *poderi*— que aunque tuvieran elevados gastos de mantenimiento de sus households, incluida la servidumbre, gran parte de la parte *padronale* de las cosechas estaba disponible para la venta y contribuía en modo decisivo al carácter mercantil de la agricultura.

## Estructura productiva y circuitos del mercado interno: las ferias y los mercados en Italia central

La «cintura» de Italia que estamos examinando aquí era una zona que en su mayor parte tenía un poblamiento notablemente denso, una antigua tradición agraria, manufacturera y mercantil, una densa red urbana en los dos niveles que anteriormente hemos expuesto y un sistema de comunicaciones que la colocaba entre los primeros lugares de toda la península italiana.<sup>32</sup> Todo esto explica la presencia por todo su territorio de una tupida red de ferias y mercados. En ocasiones, se ha dicho que su presen-

---

31. Sobre estos temas en particular, ver G. FEDERICO: *Contadini e mercato: tattiche di sopravvivenza*, en «*Società e Storia*», n.º 38, 1987, págs. 877-913; 890 ss; y *id.*, *Mercantilizzazione e sviluppo economico in Italia (1861-1940)*, 1986, págs. 149-186.

32. Cfr. los datos sobre el número de kilómetros de carretera en relación a la superficie, ver G. BAGIOLI: «Identificazione Toscana: la Toscana e gli altri», en *Società e Storia*, n.º 39, 1988, págs. 132-33.

cia habría actuado como una barrera al avance del mercado hasta los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Por el contrario, nos parece que las ferias y mercados se integraron en el nuevo sistema de entrada y salida de productos entre los tres puntos de poblamiento (campo, villa y ciudad) afianzándose cada vez más gracias a las nuevas oportunidades de distribución de los productos.

Desde la Edad Media, la ciudad y el mundo rural forman un binomio inseparable y fundamental para la comprensión de los procesos políticos, sociales y económicos de la Italia central. Desde sus orígenes, el sistema productivo que se difundió en el campo —basado en el binomio familia/podere— fue una creación de la ciudad mercantil; de hecho, presenta características comunes, ya sea retrocediendo mucho en el tiempo (el fuerte dominio de las ciudades sobre su contado) ya sea aproximándonos al presente (véase aún hoy el poblamiento disperso, con una pequeña industria que encuentra una parte de la mano de obra en el trabajo a domicilio). Desde los orígenes, las relaciones entre ciudad y campo fueron frecuentes y necesarias. El mundo rural abastecía los mercados urbanos, pero también alimentaba circuitos más vastos que estaban al margen de las relaciones que unían una ciudad con su territorio. En los siglos más cercanos a nosotros, la influencia del mercado internacional como factor de demanda y oferta se hizo cada vez más relevante y en el circuito productivo y comercial se produjeron otras transformaciones. Entre las ciudades —que se mantienen como el núcleo del poder político y el foco de difusión de las innovaciones— y el campo —con poblamiento disperso— se desarrolla la red intermedia de las villas, centros de «servicios» y de enlace entre las diferentes realidades que, a la vez, tienen un carácter artesano-manufacturero y comercial; en relación con éstas cabe decir que entre las edades moderna y contemporánea a menudo fueron las realidades más dinámicas incluso desde el punto de vista demográfico. Nos referimos al área de la «triconomía insediativa» de la que habla Sorì.<sup>33</sup>

Ya en la segunda mitad del siglo XVIII, la estructura agraria de la Italia central se caracterizaba por un intenso grado de mercantilización, tanto si se compraba como si se vendía. En el curso del siglo XIX, este fenómeno conoció un auge aún mayor. Las pruebas que lo demuestran pueden hallarse estudiando a lo largo del tiempo la presencia,

---

33. E. Sorì: «Aspetto e redistribuzione della popolazione italiana 1861-1961», en G. Toniolo (ed.): *L'economia italiana 1861-1940*, Bari, 1978, pág. 241.

el funcionamiento y la evolución de los puntos de venta tradicionales, es decir, las ferias y mercados. Como veremos, estos tradicionales puntos de encuentro entre vendedores y/o compradores, lejos de ser elementos residuales del viejo circuito de intercambio heredado del Antiguo Régimen, continuaron jugando un papel de primer orden incluso en la época de la industrialización y de la construcción del ferrocarril.

En la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX las redes ferroviarias ampliaron notablemente los mercados para algunos de los productos más apreciados de la Italia central. Con el nuevo medio de comunicación, vino, aceite de oliva, ganado, frutas y hortalizas —todos ellos de la mejor calidad— vieron asegurado un rápido acceso a los mercados, requisito casi siempre esencial para la conservación de su valor. Fueron, pues, estas nuevas oportunidades de venta las que propiciaron una orientación de la producción local hacia una mayor especialización.

Por lo que se refiere a la provincia de Pisa, se pueden aportar algunos ejemplos de este proceso. En esta zona, como en otros lugares de Toscana, el periodo entre la Unificación y la Primera Guerra Mundial significó la consolidación de una especialización mercantil, fruto de la profunda penetración del mercado en el interior de la economía agrícola y del tipo de relación *mezzadria* que aquí dominaba. Las colinas de los valles medios y altos del Arno y del valle de Cecina orientaron su producción sobretudo hacia la exportación de vino y aceite hacia el mercado italiano. El vino de algunas *fattorie* —antes destinado al consumo local— pasó a abastecer el mercado nacional, imitando un proceso que con anterioridad habían protagonizado vinos más apreciados como el Chianti, que había sido el pionero.<sup>34</sup> Por su lado, las zonas de llano, más cercanas al ferrocarril y a la ciudad, se dedicaron a la actividad ganadera también destinada a un mercado amplio —la ciudad de Pisa pero, sobretudo, la Italia septentrional, Alemania y otros países europeos— así como a otras producciones especializadas. Entre estas últimas debemos referirnos a la producción de uva de mesa, llamada de San Colombano.<sup>35</sup> Pero después de la unificación italiana, los productos que más caracterizaron la llanura de Pisa y las zonas cercanas al ferrocarril Leopoldo (que unía Florencia con Livorno) fueron los cultivos de huerta; aunque en esta zona ya existían desde hacía

---

34. Para el Chianti, ver G. Biagioli: *Il modello del proprietario imprenditore nella Toscana dell'Ottocento*. Bettino Ricasoli, *Il patrimonio, le fattorie*, Florencia, Olschki, 2000.

35. C.M. MAZZINI: *La Toscana agricola*, 3ª ed., Florencia, Barbera, 1884, pág. 160.

siglos,<sup>36</sup> en el último tercio del siglo XIX y durante toda la primera mitad del siguiente, alcanzaron una extraordinaria relevancia económica gracias a las oportunidades que les ofreció el nuevo medio de transporte.

Durante los siglos XIX y XX, en la Italia de la *mezzadria* las ferias y los mercados —algunos de los cuales tenían un origen remoto y desde la Edad Media habían tenido cierto relieve— desarrollaron un papel importante en el proceso de ampliación de los circuitos comerciales. Continuaron existiendo y desarrollándose en paralelo a la proliferación de puntos de venta fijos, muchos de los cuales se apropiaron de funciones que en el pasado eran propias del comercio ambulante.<sup>37</sup> La unificación italiana, el crecimiento demográfico y las modificaciones en el sistema de transportes a las que nos hemos referido, sin duda fueron factores que incidieron sobre las estructuras de distribución de los productos así como sobre las de su producción. Todo esto, en vez de mantener un hipotético aislamiento de los mercados —por otro lado imposible— jugó en favor de una mayor integración entre los mismos. Mercado externo y mercado interno se expandieron siguiendo sus propios ritmos pero sin imponerse de forma clara el uno sobre el otro. A pesar de la importancia del comercio con el extranjero, el mercado interno —al menos el de la zona centro, norte de Italia— era amplio y para su abastecimiento se requería una continua movilización de hombres y recursos. Basta pensar en la capacidad de consumo de las ciudades, cuantificable a partir de la recaudación obtenida en concepto de impuesto de consumos. En Toscana, entre la época de la Restauración y la unificación, el impuesto de consumos recaudado en las puertas de las ciudades que eran objeto de tasación no solo dibujó una trayectoria ascendente sino que ésta siempre siguió un ritmo superior al seguido por las exportaciones.<sup>38</sup>

Buena parte del comercio interior se llevaba a cabo a través de las ferias y los mercados. Aunque pueda parecer fácil, definir lo que sería una feria o un mercado en el

---

36. «Nelle pianure del suburbio pisano e livornese traesi ricco lucro dall'orticoltura...» (A. ZUCCAGNI ORLANDINI: *Atlante geografico, fisico, storico del granducato di Toscana*, Florencia, 1828-29, tav. XIV).

37. En la documentación de la segunda mitad del siglo XIX se señala con frecuencia que algunos mercados que antes se hacían en la plaza (como el del aceite que se hacía en la plaza homónima de Florencia, el de cereales en Siena) se celebraban ya por aquel entonces cerca de los almacenes de los negociantes. Cfr. A. ZUCCAGNI ORLANDINI: *op. cit.*, pág. 448; Archivio Centrale Dello Stato Di Roma (desde ahora ACSR), MAIC, Div. Ind. e Comm., F. 151.

38. L. DAL PANE: *La finanza toscana dagli inizi del secolo XVIII alla caduta del Granducato*, Milán, 1965, págs. 304-5; ASF, *Mln. delle Finanze*, F. 1447, Dimostrazione dei prodotti lordi dell'Amministrazione delle Dogane nel quinquennio 1850-54.



pasado presenta algunos puntos de dificultad.<sup>39</sup> Éstos se hacen evidentes en las fuentes de que disponemos. En ellas, cuando se señalan los días de la semana (para los mercados) o del mes (para las ferias) en los cuales se celebran, se precisa si se trata de manifestaciones fijas o variables. Sin embargo, siguiendo el calendario, nos damos cuenta de que lo que para una fuente puede ser considerado como feria variable —con una cadencia semanal durante dos meses— en otra viene registrada como mercado con carácter estacional.<sup>40</sup> Ni el número de personas ni el tipo de productos que afluyen a ellos constituyen elementos que permitan una clara diferenciación; de hecho, había

39. J. GILSSEN define las ferias como reuniones importantes de periodicidad regular en las que interviene comerciantes que venden sólo a otros comerciantes; por el contrario, los mercados son reuniones de menor relieve y ligadas al comercio local, que suelen durar un día y en las que los comerciantes venden a los consumidores (J. GILSSEN: «La notion de la Foire à la lumière de la méthode comparative» en *La Foire*, «Rec. de la Soc. Jean Bodin», V, Bruxelles 1953, págs. 323-332). Ésta distinción que hace Gilszen a partir de estudios referidos a las ferias de la antigüedad o de la Edad media, tiene poco que ver con las ferias y mercados a los que aquí hacemos referencia. En las ferias toscanas, por ejemplo, no se vendía sólo a otros mercaderes, ni todas eran más importantes que los mercados. Para una definición más aproximada a nuestro caso, ver E. PACIFICI MAZZONI: *Raccolta delle leggi speciali e convenzioni internazionali del Regno d'Italia*, 4ª serie, vol. III, Turín, 1881. Para este autor, la feria se desarrolla de forma más solemne, unos pocos días al año y a ella acuden incluso individuos de zonas alejadas. En cambio, el mercado es semanal o mensual y consiste en la reunión de los comerciantes de los pueblos cercanos. De todas formas, esta definición también es incompleta y parcialmente inexacta en relación a la complejidad de las situaciones históricas y a su evolución.

40. Las fuentes que hemos utilizado para conocer las ferias y mercados no son contemporáneas para las cuatro regiones aquí consideradas. Se pensó de hacer uso de una encuesta relativa a este tema promovida por el MAIC en los primeros años 80 del siglo XIX y finalizada con la publicación de un calendario general de las ferias y de los mercados del reino. De esta encuesta queda un escaso testimonio en el Archivo Centrale dello Stato di Roma, (desde ahora ACSR), MAIC, Div. Industria e Commercio, FF. 145-152, ferias y mercados. No obstante las investigaciones hechas, no hemos hallado rastro alguno de la publicación del mencionado calendario general. El material preparatorio conservado en el ACSR es casi inexistente para Umbría e Incompleto para Toscana y las Marcas; en cambio, es completo para Emilia-Romaña, por lo cual las referencias que hemos hecho a esta región en el texto se basan en la encuesta del MAIC, que da la situación de las ferias y mercados entre 1873 y 1882. Para las Marcas y Umbría la fuente utilizada es un *Prospetto generale delle fiere e mercati che si celebrano nello Stato Pontificio*, s.l. ni fecha. Comparando las fechas de creación de ferias y mercados, recogidas en el material del MAIC, se ha visto que en el *Prospetto* sólo figuran aquellos creados hasta 1852, mientras que los que lo hicieron con posterioridad no figuran. La fecha más probable sería 1852. Para Toscana, las fuentes disponibles son las coetáneas *Ricerche statistiche sul Granducato di Toscana* elaboradas por A. ZUCCAGNI ORLANDINI, t. IV, Firenze, 1853. Para las Marcas y Toscana los datos han sido comparados con el material del MAIC elaborado años más tarde y conservado en el ACSR. La comparación ha puesto de manifiesto un aumento importante del número de las manifestaciones registradas en la fuente del MAIC, sobretudo para las ferias. En Pisa, por ejemplo, su número asciende a 47 en el Zuccagni-Orlandini y a 84 en la fuente del MAIC; en Siena, 154 y 217 respectivamente. En cualquier caso, se trata de ferias que se añaden a otras ya existentes en una localidad, de forma que el mapa de su distribución geográfica no se ve alterado.

mercados de igual o mayor importancia que ciertas ferias; tanto, que incluso les podían impedir la consolidación.<sup>41</sup>

El nombre total de ferias y mercados, entre fijos y móviles, era notable. Por cuanto se refiere a las ferias, a mediados del siglo XIX en el conjunto de las Marcas y Umbría había 832 de fijas y un centenar de variables. Por su parte, entorno a 1880 Emilia contaba con 818 ferias.

Para Toscana es posible seguir —al menos en parte— la evolución de sus ferias a lo largo del tiempo. En 1853 en el Gran Ducado se celebraban 597. Si nos fijamos en los primeros años de la década de los 80 del siglo XIX —sólo en las provincias para las cuales disponemos de documentación del MAIC— como mínimo las ferias registradas eran 760. En 1926, éstas se habían convertido en 1234.<sup>42</sup> Así pues, el aumento de los puntos de venta fijos no había reducido el recurso a este tipo de intercambio. En el mismo intervalo temporal también había aumentado el número de mercados, que pasaron de ser 140 a 220. También estaban bien dotadas de mercados las Marcas y Umbría (cerca de 200 a mediados del siglo XIX) y la Emilia (224 en la encuesta del MAIC).

El aumento en el número de ferias y mercados no siempre se corresponde con un incremento de la población o de la prosperidad de las zonas a las que servían. De hecho, en muchos casos la vigencia de antiguos privilegios así como de antiguas vías de comunicación mantenían la costumbre de celebrar tales manifestaciones, incluso en centros de pocos centenares de habitantes.<sup>43</sup> De todos modos, hay muchos indicios de que a partir de la segunda mitad del siglo XVIII la evolución del transporte tuvo como consecuencia un cambio en la red comercial. La apertura de carreteras con mejores trazados que las precedentes, primero, y la construcción del ferrocarril, des-

---

41. Esto sucedía muy a menudo en el Valdarno superior y florentino, zonas densamente pobladas: allí donde había grandes mercados las ferias tenían menos importancia. En cambio, donde no existían mercados, las ferias tenían un papel más importante, fenómeno que se ha mantenido hasta la actualidad. Cfr. ACSR, MAIC, Div. Ind. e comm., F.146 Y 147; B. Nicè: «Per uno studio geografico del mercati periodici della Toscana» en *Rivista geografica italiana*, año LXII, 1955, vol. LXII, pág.308.

42. «Annuario generale delle fiere e dei mercati d'Italia», 1926.

43. G. Fasou: «Il mercato nella vita contadina», en AA.VV.: *Cultura popolare nell'Emilia Romagna*, vol. Bologna 198, pág. 76.

pués, dejaron en desuso carreteras antes importantes —sobre todo algunos puertos de montaña— condenando al olvido centros de intercambio antes muy activos.<sup>44</sup>

Una ojeada a la ubicación de las ferias y mercados durante el siglo pasado permite relacionar su situación sobre el terreno con realidades demográficas, económicas y políticas bastante precisas. En las Marcas tuvieron como principal ubicación el litoral, zona donde se situaba el grueso de las actividades económicas y la mayor concentración demográfica.<sup>45</sup> De todos modos, una parte importante de ferias y mercados se ubicaba en la zona interior: en el norte, en los valles del Foglia y del Metauro. Más hacia el sur, ejemplos aun más importantes implicaban a villas y ciudades —de Camerino a Sant'Epilidio y de Fermo a Ascoli Piceno— situadas en las colinas cercanas a los valles de los ríos que fluyen hacia el Adriático.<sup>46</sup>

En Emilia, entorno a las ciudades y villas que se situaban a lo largo de la vía Emilia y hacia el norte hasta el río Po, se situaba una importante constelación de lugares de intercambio. Pero la región también mantenía intensas relaciones comerciales con las zonas situadas al sur de los Apeninos, sobre todo con Toscana. En parte, éstas se explican por motivos de carácter histórico: antes de la unificación italiana una parte importante de la provincia de Forlì pertenecía al Gran Ducado de Toscana, al igual que a partir de la Restauración los dominios de los Estens sobre Módena y Reggio, incorporando el Ducado de Massa, habían conseguido una salida al Tirreno. Muchas vías de comunicación construidas por los Medici y posteriormente por los Lorena y los Estens, ligaban el territorio toscano, los Estados Pontificios y los ducados colindantes con el

44. La apertura de nuevas carreteras entre los diferentes estados, entre los siglos XVIII y XIX, provocaron un notable cambio en los flujos del tráfico comercial. Por ejemplo, la apertura de la carretera Adriática entre Arezzo y los Estados Pontificios vía Borgo San Sepolcro había perjudicado a Anghiari, quitándole. «Il vantaggio che ritraeva questa terra dall'affluenza dei concorrenti nazionali, e del contiguo Stato pontificio agli attivi mercati che vi si facevano d'ogni genere commerciabile... di ventura che spopola adagio adagio quel paese, prima floridissimo...» (ASF, Catasto generale toscano. Atti preparatori, F.853 n° 3). Con posterioridad, el ferrocarril tuvo el mismo efecto. Después de la apertura de la línea Bologna-Pistoia, otra población de los Apeninos, Marradi, fue víctima de la disminución del tráfico a lo largo de la carretera provincial faentina y de la decadencia de sus ferias y mercados. Cfr. ACSR., MAIC, Div. Ind e comm., F.146 cit.

45. M. DEAN: «Il quadro geografico-ambientale», en S. ANSELMINI (ed.): *Storia d'Italia dall'Unità a oggi. Le Marche*, Torino, 1987, pág. 29.

46. S. ANSELMINI (ed.): *Il picchio e il gallo. Temi e materiali per una storia delle Marche*, Jesi, 1982.

norte de Italia.<sup>47</sup> De este modo no sólo se incrementaron los intercambios entre ambos lados de los Apeninos sino que se abrió una salida para la exportación de cereales, de la seda en bruto o del cáñamo a través del puerto de Livorno. No nos debe sorprender, pues, que el mapa de las ferias y mercados abarque las dos vertientes de los Apeninos e incluya lugares escasamente poblados. En cambio, en el Ferrarese —donde la presencia de marjales había dificultado desde siempre la fijación del hábitat— los lugares de intercambio eran muchos menos.

En Toscana, prácticamente no existía ningún centro habitado con una mínima importancia donde no se celebrara al menos una feria anual; sin embargo, en las zonas más periféricas, los mercados eran escasos. Como en el Ferrarese, la red comercial de la Maremma pisana y la provincia de Grosseto —zonas de *bonifica* reciente o aún poco pobladas e infestadas de malaria— era menos densa; lo mismo sucedía en la zona meridional de Siena, en las desiertas colinas del *appoderamento estensivo*.<sup>48</sup>

Las ferias con el mayor volumen de negocio se celebraban en el Valdarno superior y en la Valdichiana que, después de su *bonifica*, se había convertido en el granero de Toscana. Antes de la unificación la Valdichiana tenía frecuentes contactos comerciales con los Estados Pontificios. El intenso volumen de negocio de la zona se prolongaba hacia el valle del Tevere, creando un área mercantil para los productos del arado y de la ganadería que llegaba hasta Perugia y el Orvietano. Otra zona de notable con-

47. Entre las carreteras más importantes para las comunicaciones entre ambos lados de los Apeninos habría la vía Pontificia toscana así como la vía postal de los montes de Scarperia, alargada y desviada hace el paso de la Futa de los Lorena; la carretera del Abetone y el Modenese, acabada en 1776 —y que un tratado del año siguiente entre Toscana, Módena y Austria transformó en carretera postal con la aplicación de impuestos reducidos a lo largo de su recorrido— tuvo particular importancia para el comercio con Livorno; la vía Vandelli, que los Estensi hicieron construir para la comunicación con Módena y Massa, y que llegaba más allá de los Apeninos, hasta los Alpes apuanos; la carretera de la Clisa, iniciada en el período napoleónico; la Porrettana, que era la vía más fácil de comunicación entre Emilia y Toscana; y por fin la carretera iniciada hacia 1830, que partía de Florencia e iba a través de la Romagna toscana —hasta aquel entonces aislada— y la transapenínica de Bocca Trabaria, que para su orientación este-oeste representa un itinerario transversal desde el Tirreno al Adriático. Entre 1820 y la unificación los Lorena construyeron cuatro carreteras nuevas a través de los Apeninos. Cfr. A. BORG: «La rete stradale della Toscana nel suo caratteri attuali, nella sua evoluzione storica, nelle sue esigenze di sviluppo» en *Universo*, LVIII, 1977.

48. Para las ferias y mercados de la zona sienesa, ver C. PAZZAGLI: «Economia e territorio nel Senese di primo Ottocento», en M. CARNASCIALI: *Le campagne senesi del primo '800. Documenti preparatori del Catasto generale della Toscana. Rapporti di stima e repliche ai quesiti agrari*, Florencia, 1990, págs. 39 ss.

centración de ferias y mercados se encontraba en el eje Firenze-Prato-Pistola, en el Valdarno inferior y en la Valdinievole.

Una cita de Bruno Nici referida a los mercados toscanos<sup>49</sup> —fácilmente extensible también a los de otras regiones— nos puede ayudar a localizar dos de los puntos donde habitualmente se situaban los mercados. El primero serían las zonas de piedemonte, sitios de transición entre dos economías diferentes pero complementarias: la de la montaña y la de la llanura. El segundo serían los trazados de las vías de comunicación, ya sean naturales o no (valles fluviales, carreteras...).

La frecuencia de las ferias y mercados era variable. Las ferias tenían una periodicidad que podía variar entre la una o las tres, cuatro o incluso más veces al año. Después vendrían las ferias que a lo largo de dos meses se celebraban de forma semanal y que a veces se confunden con los mercados semanales. Como veremos a continuación, se trataba de ferias especializadas en la venta de determinados productos.

Los auténticos mercados eran semanales; en pocos casos eran bisemanales o mensuales. En las mayores ciudades —las que actualmente serían capitales de provincia— los mercados se celebraban al menos dos veces por semana o incluso cada día en lo que respecta a la venta de pollos, huevos, verdura y fruta.

Salvo en casos puntuales, como las grandes ferias de Senigallia o Prato, hasta tiempos recientes las ferias y los mercados conservaron un carácter eminentemente agrícola. Incluso allí donde se vendían manufacturas y productos artesanales, a menudo sólo servían para satisfacer las necesidades del mundo rural. Era el campo el que, con sus productos y su demanda, dominaba la escena.<sup>50</sup> La influencia de ferias y mercados se hacía notar incluso sobre aquellos que no participaban directamente en ellos porque

---

49. B. NICE: *op. cit.*, págs. 314.

50. En San Miniato, en el Valdarno inferior, la feria más importante era la de noviembre. ZUCCAGNI ORLANDINI (*op. cit.*, pág. 395) la clasifica entre las 24 «grandes» ferias toscanas por la cantidad de dinero que en ellas se movía (295.000 liras toscanas). En una relación enviada al MAIC el 15 de octubre de 1866, el alcalde se refería al importante tráfico de ganado bovino entre los *poderi* de las colinas y el llano que allí se desarrollaba. Además afirmaba: «Così pure si fanno molte provviste di generi vestiliario sempre però al minuto, per cui v'intervengono non pochi rivenditori dal di fuori, ed in generale è a questa fiera che le famiglie specialmente delle campagne circostanti si provvedono degli oggetti loro necessari.» La feria, que en teoría duraba tres días, en realidad duraba cinco. (ACSR, MAIC, Div. Ind. e comm., F.146 cit.).

—según la costumbre del sistema *annonario* del pasado— era en aquellos donde se fijaban los precios que, después, servían de referencia en los contratos que se hacían en la zona rural circundante.<sup>51</sup> Así mismo, algunas ferias «fijaban el precio» de ciertos productos incluso para amplias regiones: por ejemplo, las de Montespertoli fijaban para toda la Toscana el precio de la semilla del trigo del que se sacaba la paja para la confección de sombreros.<sup>52</sup>

Las ferias tenían como actividad principal la compraventa de ganado. En la Emilia, la importancia que tenía este negocio en la economía de la región viene atestada por el hecho de que más de 1/5 de sus ferias eran exclusivamente ganaderas. De las restantes eran muy pocas aquellas en las que el ganado no tuviera también una presencia importante. El sector ganadero estaba particularmente representado en las ferias de ganado bovino y porcino, por bien que en las Marcas y en Toscana también se producía un importante comercio de ganado ovino. En la contratación del ganado existía una cierta estacionalidad, fenómeno que se refleja en la distribución mensual de las ferias. La mayoría de ellas se celebraban entre junio y setiembre, con un máximo en el mes de agosto una vez los campesinos ya habían terminado la cosecha. Los contratos se centraban sobretudo en el ganado bovino. En junio, las terneras —que meses antes los *mezzadri* de las colinas habían comprado para el engorde— se revendían justo antes de la escasez estival de forrajes. Los mercados de estos meses servían, además, para proporcionar ganado a los *poderi* donde faltaban animales para recoger las cosechas en verano o para arar la tierra en otoño.

Desde octubre hasta finales de Carnaval o el primer día de Cuaresma, se celebraban las ferias y mercados de los cerdos y de la carne salada, productos a los cuales se hace referencia explícita en muchas poblaciones de Toscana y Romaña.

Los mercados de capullos de seda se celebraban desde últimos de mayo hasta últimos de junio y generaban negocios importantes, sobretudo en Emilia-Romaña y en las

---

51. Por ejemplo, en Pesaro-Urbino, las ferias de julio-agosto de Novilara y de Isola del Piano decidían los precios del ganado bovino, mientras que las de San Costanzo y de Acqualagna eran importantes para la renovación de las *socche* (contratos de cesión de ganado a *parceria*) (ACSR, MAIC, Div. Ind. e comm., F. 145 cit.) Para la influencia que tenían en el pasado los precios de los mercados sobre los contratos que se hacían fuera de ellos, cfr. P. MALANIMA: «Aspetti di mercato e prezzi del grano e della segale a Pisa dal 1548 al 1818», en *Ricerche di Storia moderna*, I, Pisa, 1976, págs. 304 y sigs.

52. 1 ACSR, MAIC, Div. Ind e comm., F. 146 cit.

Marcas. La encuesta ministerial efectuada entre los años 70 y 80 del siglo XIX sobre ferias y mercados señala la existencia de una importante cantidad de mercados donde, en el momento oportuno, se llevaban a vender los capullos de seda.<sup>53</sup> Sin embargo, y según la misma fuente, la mayor parte de este producto era comprado directamente por los comerciantes en el campo.<sup>54</sup>

Además del ganado y los capullos de seda, los productos que de forma más habitual se negociaban en las ferias eran los cereales y otros alimentos,<sup>55</sup> los combustibles y los tejidos e hilados de cáñamo, algodón, lana y lino.<sup>56</sup> Cada 27 de abril, en Reggio —y en el ámbito de la antigua e importante feria de la Ghilara— se celebraba una feria-mercado donde se vendían telas crudas al por mayor. Otros productos presentes en las ferias eran aquellos de uso común por parte de las familias. Después de los tejidos, el género más frecuente en las ferias era el calzado, particularmente en Toscana. En esta región —tal y como se deduce de algunos préstamos registrados en libros de contabi-

53. Los mercados de gusanos de seda en las ciudades de Italia central que aparecen en la encuesta ministerial no son todos los que existieron; esto podría deberse a las lagunas de la documentación que nos ha llegado o bien a las deficiencias de las respuestas hechas al cuestionario. En cualquier caso, no citan la existencia de mercados de gusanos de seda que fueron importantes. La documentación existente señala los siguientes mercados: En Emilia: Reggio, Guastalla, Correggio, Scandiano, Módena, Vignola, Sassuolo, Mirandola, Novi, Pavullo, Forlì, Santa Sofia, Meldola, Civitella, Verucchio, Ravenna, Lugo, Russi, Solarolo (estos dos últimos no se celebraban por falta de vendedores) Placenza, Frenzuola d'Arda, Ferrara, Portomaggiore y Cento. En las fuentes disponibles no hay ninguna información referida a la provincia de Bolonia. En las Marcas: sólo existen datos para Pesaro, Urbino y Macerata. Los mercados indicados son: Cagli, Fano, Fossombrone, Pergola, Pesaro, Urbino, Camerino y Macerata. En Toscana: Pisa, Pontedera, Cascina, Colle val d'Elsa, Montepulciano, Poggibonsi, Siena, Figline, Dicomano y Marradi. De todas formas, este listado no refleja en toda su magnitud la importancia que tenía en toda la zona la cría de los gusanos de seda; por ejemplo, no incluye lugares como la Lucchesia en la que esta actividad era muy habitual.

54. En la mayoría de los casos, no es posible decir cual fue el volumen total del dinero generado por esta actividad. Sólo disponemos de cifras para unas pocas provincias. En 1881, en los mercados de la circunscripción de Reggio Emilia, donde esta actividad se desarrollaba a gran escala, fueron vendidos 264.361 quilos de gusanos de seda, con un valor total de 1.043.561 liras. El año siguiente, las cifras fueron respectivamente 273.426 quilos y un millón de liras (ACSR, MAIC, Div. Ind. e Comm., F. 151 y F. 177). En 1883, en Módena, la Cámara de Comercio indicaba la venta en el mercado de 145.412 quilos de gusanos de seda por valor de 512.501 liras y que «le maggiori partite si vendono fuoril mercato» (Ivi, F. 177, *Relazione della Camera di Commercio* 1<sup>a</sup> sem. 1883, págs. 158). Incluso la documentación privada anteriormente citada señala la venta a comerciantes de capullos cuando en las *fattorie* no se llevaba a término la hilatura de la seda.

55. En las ferias se encontraban quesos, castañas y harina de castaña, volatería, huevos, embutidos, fruta seca y licores pero muy raramente vino y aceite.

56. Los artículos más habituales eran las telas, las *pannine* y los tejidos. En concreto: pañería, telas crudas, cáñamo, tejidos para confeccionar vestidos (en Ravenna se especifica: para hombre y para mujer), paños de lana, de algodón o de lino, prendas de ropa, hilo, gorras de lana y alfombras de lana.

lidad de muchas *fattorie*— durante el siglo XIX los *mezzadri* compraban zapatos. Se vendían, además, sombreros de todo tipo: de fieltro, de pelo, de lana y de paja. También estaban bien representados objetos de uso doméstico: géneros coloniales y mercerías, así como vajillas, utensilios de barro, carbón, leña, velas, fósforo, muebles y quincallerías.<sup>57</sup> En muchas ferias no faltaban tampoco las joyas, prueba de la existencia de un cierto nivel de consumo que, en parte, era fruto de una cierta obligación social. Ya desde el siglo XVIII, en el ajuar de las novias campesinas figuraban al menos un anillo de oro y un collar de coral.<sup>58</sup>

Mientras que los productos hasta ahora citados podían ser indiferentemente destinados a compradores de la ciudad, la villa o el campo, había otros que sólo se vendían en mercados rurales: objetos de hierro, presentes en buena parte de las ferias, así como arneses, cuerdas y botas de vino.

Los productos que se llevaban a los mercados no eran muy diferentes a los que se llevaban a las ferias. Lo que sí variaba era la importancia relativa de cada uno de ellos. En los mercados, la importancia que tenía el ganado era inversamente proporcional a la de los comestibles y otros productos.<sup>59</sup> Incluso había diferencias en cuanto a los productos del propio sector ganadero. Mientras las ferias se caracterizaban por una presencia mayoritaria de ganado bovino, en los mercados tenían más importancia los cerdos, los corderos y los animales de corral destinados a aprovisionar al detalle las familias campesinas. Cuando los mercados se celebraban en pequeños centros de población, no faltaban comerciantes que acudían a ellos para comprar volatería y huevos a las campesinas con el propósito de revenderlos más tarde en las ciudades próximas. El vino y el aceite también se llevaban con frecuencia a los mercados; tanto es así que su precio era registrado en los mercuriales de los mercados más importantes, junto al de los cereales panificables. Además, en las plazas se vendían hortalizas y fruta, huevos y muchos otros productos comestibles.

---

57. Se trata de pequeños artículos metálicos (de hierro, latón o cobre) de uso cotidiano.

58. P. MALANIMA: *Il lusso del contadino. Consumi e industrie nelle campagne toscane del Settecento*, Il Mulino, Bologna, 1990, págs. 11.

59. En Emilia-Romaña, el ganado estaba presente en el 96% de las ferias y en el 79% de los mercados. En Toscana, en el 94,4% de las ferias y en un 57,8% de los mercados. La diferencia entre una y otra región, se explica por el hecho de que en la primera de ellas la venta de cerdos durante el invierno se clasifica como feria, mientras que en la segunda como mercado.



Así pues, los mercados semanales —aunque conservaron la función de centros de venta de ganado— centraron su actividad en el aprovisionamiento al centro habitado de los alimentos necesarios para el consumo diario. Una función, ésta, que en muchos lugares se ha mantenido hasta nuestros días.

Las ferias y los mercados tenían una importancia extremadamente variada en cuanto a la afluencia de personas y productos y en cuanto al volumen de negocio que generaban. Los más grandes atraían a decenas de miles de personas. En las últimas décadas del siglo XIX, en los días que la ciudad de Prato celebraba su mercado semanal era frecuentada por unas 5.000 personas, mientras que a su feria de setiembre —la más importante de Toscana— acudían unas 35.000. A las tres ferias de Pontassieve<sup>60</sup> —entre el 10 de agosto y los primeros días de noviembre— acudían unas 9.000 personas.<sup>61</sup> En la villa de Rivergaro, provincia de Placenza, una sola feria generaba una presencia de entre 6 y 7.000 personas.<sup>62</sup>

A la presencia humana cabe añadir también la de los animales. El número de cabezas de ganado llevadas a la plaza para su venta —algunas eran vendidas y otras devueltas a la explotación en espera de un comprador mejor— era imponente. Por ejemplo, en Reggio Emilia el año 1870 llegaron al mercado semanal más de 30.000 cabezas de ganado bovino junto a «un notable número de cerdos». En Parma, en el bienio 1871-72 el número de cabezas de ganado bovino llevadas al mercado semanal osciló entre los 60-70.000, con una venta efectiva de unas 25-26.000.<sup>63</sup> En 1882, una vez pasada la fiebre de las exportaciones hacia Francia y Alemania, fueron llevados al Foro Boario casi 50.000 cabezas de ganado bovino, de las cuales se vendieron más de 22.000: casi

---

60. Una campesina toscana situaba en esta próspera población el sueño de ascenso social para su hija Pichichia: «Assurément, ajouta-t-elle, froissée elle-même dans son amour propre maternel, si Pichichia ne le rebutait pas tous, il ne manquait pas ici de galans. Il y a les fils de Galetti, un marchand de grains ... si, signore, vrai comme la madone! Le fils d'un riche marchand de grains de Pontassieve ... Il ne sortirait pas d'ici, si cette grande sottise lui avait laissé la moindre espérance.» (A. DE METZ-NOBLAT: «Pichichia. Souvenirs du Val d'Arno» en *Revue des deux mondes*, XXIX, 1859, pág. 311).

61. ACSR, MAIC, Div. Ind. e comm., F. 146 cit. En el período preunitario, el volumen de negocio que se daba en la feria de setiembre de Prato se estimaba en 4.800.000 liras toscanas. Para poder establecer una comparación, basta pensar que esta cifra era superior al total que se recaudaba en concepto de impuesto de consumos en las puertas de las ciudades de todo el Gran Ducado de Toscana.

62. ACSR, MAIC, Div. Ind. e comm., F. 145.

63. *Iv*, F. 152.

la mitad de la mercancía expuesta en la plaza. El mismo año, en los mataderos de la ciudad fueron sacrificadas 30.029 cabezas de ganado, más de la mitad corderos.<sup>64</sup>

En la contratación del ganado en los mercados o en los establos —sobre todo en el caso del ganado bovino— los mediadores o tratantes desempeñaban una función de gran importancia.

En casi todos los sitios, esta figura era esencial en la compraventa del ganado; después de una larga negociación con compradores que utilizaban todo su saber para intentar rebajar el precio, aquellos concluían el trato pronunciando la frase ritual del lugar para darle más garantía<sup>65</sup> y lo sellaban con un apretón de manos. Sea como sea, el contrato de momento sólo se cerraba de forma provisional: antes de pagar, el comprador tenía derecho a un período de prueba para verificar las características y las aptitudes de los animales adquiridos; era frecuente que se produjesen reclamaciones con la finalidad última de obtener una rebaja en el precio pactado. De hecho, el mercado del ganado era un gran negocio de especulación, sobre todo el del llamado ganado «da giro», que circula por los mercados toscanos y que «sta o non sta nella stalla, che si acquista o non acquista secondo che gli erbai ci sono o meno, che distoglie gli uomini dal *podere* per correre ai mercati...».<sup>66</sup>

La llegada y permanencia en el lugar de celebración de ferias y mercados de hombres y productos creaba también ciertas preocupaciones: en el campo por las cose-

64. MAIC, *Relazione sulle condizioni cif.*, vol. II cif., pág. 391; ACSR, MAIC, Div. Ind. e comm., F. 177.

65. Algunas de estas frases serían: «pagherò lo se non paga lui»; «garantisco lo»; «resto mallevadore del pagamento»; «guardate a me»; «ve lo do così come sta»; «Ve lo vendo sano e da galantuomo»; «Ve lo vendo come sta e non vi garantisco niente» (G. TRESPOLI: *Gli usi mercantili. Raccolta di tutti gli usi di piazza riconosciuti dalle Camere di Commercio ed Arti d'Italia*, Milano, 1907; G. Fasoli: *op. cit.*, pág. 96).

66. B. PETROCCHI: «I problemi delle stime e delle migliori nella mezzadria toscana, memoria letta al Georgofili il 27 novembre 1927», en *La mezzadria negli scritti del Georgofili* (1873-1929), Bologna, 1936, pág. 229. Petrocchi sostenía que, en general, «il mezzaloro toscano compra il bove per le faccende del *podere*, ma colla prospettiva fondamentale del *giro*. Qualche volta lo rivende nel mercato stesso (basta *buscare* qualche scudo) o lo mette in stalla per rivenderlo alla prima favorevole occasione... Chi favorisce la speculazione è il mezzano di bestie che con buon baroccino e bravo cavallo scorazza per le campagne... Caratteristica generale del mezzano: è importuno ed opprimente, qualche volta ed in qualche zona anche dispotico.» (*Ibidem*, pág. 225). Sea como sea, la crítica al «giro» especulativo durante el período fascista no servía para hacer crecer forrajes de verano sobre las áridas colinas toscanas, donde el ganado bovino se mantenía sobre los *poderi* sobre todo para el trabajo y donde ni incluso un propietario-agrónomo con la experiencia de Cosimo Ridolfi había conseguido beneficios de la ganadería (C. RIDOLFI: *Lezioni orali di agraria date in Empoli*, vol. I, Florencia, 1858, pág. 517).

chas que aún quedaban por recoger<sup>67</sup> y en la ciudad por el mantenimiento del orden público y otros problemas logísticos (alquiler de casas, adecuación de los puntos de venta, inspección sobre el estado de las calles de acceso...). Sin embargo, los municipios estaban interesados en alojar tales eventos, ya sea por los incentivos para el comercio local que de ello se derivaban, como por los ingresos que generaba la concesión de espacios, el control de las balanzas, pesos y medidas o los impuestos cobrados sobre los beneficios de las posadas y los cafés.<sup>68</sup> La organización de ferias y/o mercados era más complicada para los centros periféricos y menores que para las ciudades; éstas últimas se beneficiaban de la presencia de estructuras comerciales fijas y de un sistema vial organizado y destinado a una utilización continua.

La feria era, al mismo tiempo, un evento económico y social. Muy frecuentemente se celebraba coincidiendo con una festividad religiosa local, como la fiesta del santo patrón. Situadas en el recinto sagrado de la iglesia o en un espacio adyacente, además de a las gentes hasta ahora mencionadas —campesinos, comerciantes locales o provenientes de regiones próximas y los propios habitantes de las villas— las ferias y mercados atraían a peregrinos y a simples curiosos. La feria y el mercado eran, al mismo tiempo, lugar de encuentro y relación social. Muchos visitantes acudían atraídos por el acontecimiento en sí mismo, para recibir noticias, comprar, cerrar tratos y negociar otros o, simplemente, para alejarse del trabajo diario. Además de productos y vendedores en estos espacios también encontraban su público otros personajes ambulantes de naturaleza y habilidades diversas, desde aquellas más nobles hasta aquellas otras que lo eran menos: músicos, actores, payasos e incluso charlatanes como aquellos cuya labor en la plaza de Empoli fue magníficamente descrita por la pluma de Renato Fucini:

«A Tofani lo vi muchas veces ejerciendo su arte milagrosa: en Empoli, durante los días de mercado... se dirigía al público; éste se concentraba

67. Para obtener buen vino, en sus tierras, Bettino Ricasoli retardaba la época de la vendimia pero la proximidad de una feria preocupaba a uno de sus agentes: «V.S.Ill.ma credesse bene di conto (sic) prima del Perdono a Terranuova che sarà il 26 del corrente che vi sono molte riunioni di popolo di 3 giorni compreso due giorni di fiera in specie lungo le strade è difficile che qualche poca non se ne perda non essendoci altra uva che quella della sua fattoria...» (ASF. Archivio Ricasoli, Corr. con Terranuova, P. Ensigni a B. Ricasoli, 17 settembre 1858).

68. Para algunos detalles sobre la vida durante una feria en una villa de las Marcas en las primeras décadas del siglo XIX, cfr. A. Piccioni: «Fiere e mercati nell'Anconitano nella prima metà dell'Ottocento», en *Archivio di Stato di Ancona. Studi Anconitani*, n° 4, 1986, págs. 239-268.

entorno al «bagher» desde encima del cual Tofani hablaba de sus estudios, de las milagrosas curaciones hechas alrededor del mundo y especialmente entre los gobernantes, desde el Gran Mogol hasta el presidente de la República del Paraguay...Entorno a él silencio y fe como entorno a un sinvergüenza que se dispone a hacer proselitismo entre los tontos de los pueblecillos y del campo...

Bennati era otro campeón entre los charlatanes... En Empoli sólo lo vi una vez, un día de mercado... Había llegado la tarde anterior... para hacer los preparativos de su entrada triunfal en Empoli. Hacia las nueve de la mañana del Jueves, se escucharon fuertes sonidos de trompas, apareciendo poco después la escolta a caballo, en grandes libreas de colores de lo más llamativos. Detrás de la escolta, a una distancia minuciosamente calculada venía el gran tablado de la majestuosa carroza, tirada por cuatro caballos y sobre la que iba Bennati, en pie, con el pecho cubierto de medallas y rodeado del numeroso grupo de sus cómplices, los cuales, hombres y mujeres, disfrazados de negros, de pieles rojas americanos, de canibales de Oceanía... gesticulaban y gritaban al son de una orquesta infernal».<sup>69</sup>

Después de haber lanzado puñados de monedas desde su carroza, Bennati comenzaba su obra de benefactor de la humanidad, dedicándose a extraer dientes, curar enfermedades y enderezar columnas vertebrales y piernas torcidas al tiempo que la música estridente no callaba; al contrario, se le subía el volumen precisamente para disimular los gritos de los pacientes. Y mientras tanto, las monedas poco antes distribuidas volvían a sus bolsillos «de la mano de tres o cuatro individuos que, desde la carroza, vendían sin descanso polvos, líquidos, recetas infalibles, aparatos ortopédicos, ungüentos y potingues de todo tipo para curar todas las enfermedades menos la incurable ceguera de toda aquella multitud...».<sup>70</sup>

---

69. R. FUCINI: «I clarlatani: Il Tofani, Il Bennati», en *Tutti gli scritti*, Milano, Trevisini, 1926, págs. 481-82.  
70. *Ivi*, pág. 483.